

literaria y el tributo pagado a la política, su autor ha hallado huelgo para meditar estas páginas, tan pulcramente escritas, en relación con la futura cultura de América.—HÉCTOR VILLAGRÁN BUSTAMANTE.



PIEDRAS Y SOL, por Sady Zañartu.—Prensas de la Universidad de Chile, Santiago.

Cada día nos interesa más esta cosa autóctona indoamericana. Y es que, a medida que se va estructurando más cada día lo indoamericano, a medida que van apareciendo, bajo la taumaturgia de la adivinación y de la observación, las vértebras arcaicas de esas culturas soterradas por el tiempo, se nos van revelando, más interesantes, los detalles ignorados de una avanzada civilización.

Recién, no más, nos daba el peruano Luis Alberto Sánchez, una visión ideológica (estamos esperando la realización formal o arquitectónica) de la cultura en América. Ahora, Sady Zañartu, chileno inquieto y viajero, como todos los chilenos, pero que les da movimiento a sus inquietudes, escribe una visión sentimental del Altiplano. «Piedras y Sol», (título bien justo dentro de una vaga poesía, aunque nosotros hubiésemos quizás preferido «Piedras, Agua y Sol») es una interpretación personal, vale decir, una adivinación, del misterioso pasado de los Incas.

Se aleja, el viajero, de los sonoros aires marinos y va ascendiendo, con el mirar expectante y la memoria removida de recuerdos, la escalinata monumental de los Andes. Desde cada tramo de la sierra, a través del aire ensimismado y transparente, el ojo va sondeando el panorama: un panorama de piedras y de sol, bajo cuya dureza luminosa corren aún las aguas latentes del

pasado. Alegoría de luz y de formas, de movimiento y de estatismos y de sensaciones. Surgen, arqueológicamente, festonadas de actualidad, las maravillas arquitectónicas de Ollantaytambo y de Machupicchu, y la geometría bélica de Sacsahuaman y de Múyumarca, y los bloques lustrosos de la Cuzco imperial; y se nos revela la filosofía de la piedra «cansada» en «su» camino, y en el ojo del indio el sentido hieráticamente mesiánico de su indolencia o de su esperanza; y revibra, el mismo tiempo, en nuestros oídos el prodigio místico de la María Angola, que nos parece, exótica y descomunal en el ambiente, una azucena aérea de bronce y oro. Y tras esto, y condimentado con todo esto, la anécdota sabrosa y el episodio histórico y turístico y la descripción de lo encumbrado y abismal (página 33), y la exégesis gratamente personalista y pagana, del autor, del mito incaico.

Sin precisiones ni alardes buceadores eruditos, con sola la comprensión unciosa hacia lo estético ancestral, este libro de Sady Zañartu es un magnífico homenaje a la raza ordenadora de Yupanqui y de Huaina Capac. Y para el lector, un buen vaso henchido de sugerencias, recogidas por el autor en las fuentes de la cultura autóctona de nuestro continente.

Armónicamente, un estilo pulido y robusto, como piedra del pasado, y claro y cálidamente exuberante, como el sol sagrado del Altiplano, ilustra la noble realidad del contenido. A veces, alguna arista se tuerce un poco, o alguna mancha quiebra el reflejo luminoso de la forma, y quizá si se siente a veces un poco de «sequedad» en el conjunto, (¿por haber excluído, acaso también, el autor, el agua, del intento capital de su libro?); pero eso no es nada. Sady Zañartu es un escritor que asciende seguro, libro tras libro, hacia el altiplano de la literatura americana.—
GUILLERMO KOENENKAMPF.

